



Un lugar donde te sientes en casa

Algunos niños pequeños les gusta viajar en autos grandes. A otros les gusta visitar ciudades grandes. Pero a Luca, de cinco años, no le impresionaban ni los autos ni las ciudades grandes. Su madre quería llevarlo en un auto grande a Bucarest, la capital de Rumania. Pero era un lunes en la mañana y él solo quería ir a su jardín de infantes.

A Luca le encanta el jardín de infantes adventista del séptimo día al que asiste. Aunque no siempre fue así. Su madre lo había enviado primero a uno público cuando tenía dos años. A él no le gustaba nada. Luca aún usaba pañales porque no había aprendido a ir al baño solo. Aún usaba biberón porque no había aprendido a beber en vaso. Aún no sabía hablar, solo decía: «Mm, mmm, mmm».

Luca tenía días malos en la escolita pública. Algunos maestros no eran amables con él porque no querían cambiarle los pañales. Otros no querían llenarle el biberón. Y algunos no entendían lo que quería decir cuando decía: «Mm, mmm, mmm».

La mamá de Luca se puso triste cuando se enteró de ese trato cruel. Fue a ver al director de la escolita pública y le pidió que los maestros fueran más amables con Luca. Pero el director no le creyó y no hizo nada.

Así que la mamá de Luca se puso a buscar otra escolita. Visitó muchas, pero ninguna aceptaba a su hijo. Decían que Luca tenía dificultades de aprendizaje y que no tenían tiempo para ayudarlo.

La madre se desesperó. Necesitaba trabajar para poder tener dinero con que comprar comida para ella y su hijo, pero no podía trabajar si tenía que quedarse en casa con Luca todo el día.

Entonces encontró en Internet un jardín de infantes adventista. Se presentó ante la directora y le suplicó que la ayudara. Con lágrimas corriéndole por las mejillas, le dijo:

—Por favor, acepte a mi hijo en el jardín de infantes. Le ruego desde lo más profundo de mi corazón que me ayude.

Le explicó que Luca tenía, efectivamente, algunas dificultades de aprendizaje. La directora vio las lágrimas de esta mamá y percibió la sinceridad en su voz.

—Está bien —dijo la directora—. Intentémoslo. Este será nuestro primer niño con este tipo de dificultad de aprendizaje. Nunca hemos educado a nadie como él, pero haremos un esfuerzo.

La mamá de Luca, con las mejillas humedecidas por las lágrimas, sonrió aliviada. Señaló a una joven que estaba a su lado.

—Mi sobrina está aquí para ayudarme a matricular a Luca en la escuela —explicó.

La mamá de Luca no había ido nunca a la escuela, por eso no sabía leer ni escribir. Su sobrina de veinte años sí sabía, y la ayudó a rellenar los papeles para matricular a Luca en la escolita adventista.

Un mes después, en una radiante mañana de septiembre, Luca llegó al jardín de infantes adventista. Estaba encantado de ver a los otros niños y de jugar con ellos.

A la hora del almuerzo, su mamá fue a recogerlo para llevarlo a casa.

—Mi amor, nos vamos —dijo ella—. Mañana temprano te traeré de nuevo.

Sin embargo, Luca no quería irse a casa. Quería quedarse y seguir jugando. Su mamá tuvo que convencerlo para irse. Eso nunca había pasado antes. Siempre había estado dispuesto a ir a cualquier lugar con ella.

Así comenzó la iglesia en...

Las enseñanzas de los adventistas del séptimo día fueron predicadas por primera vez en Rumania gracias a Michal B. Czechowski, un ex sacerdote católico polaco. Mientras vivía en Estados Unidos aprendió que el sábado es el día de descanso y sobre el inminente regreso de Cristo. Cuando volvió a Europa en 1864, comenzó a compartir estas enseñanzas en Italia y Suiza. Más tarde, durante el invierno de 1868-1869, llegó a Rumania y predicó en Pitesti. Alrededor de doce personas aceptaron su mensaje.

Al día siguiente, Luca se quedó hasta las cuatro de la tarde. Su maestra dijo que se estaba adaptando muy bien. ¡Mamá estaba muy feliz!

Con el paso de las semanas y los meses, Luca aprendió mucho. Dejó de usar pañales y aprendió a ir al baño solo. Dejó de usar el biberón y empezó a beber en un vaso. Dejó de decir «Mm, mmm, mmm» y aprendió a hablar. Incluso empezó a leer y escribir. Su madre estaba encantada. ¡Luca estaba

aprendiendo a hacer cosas que ni siquiera ella sabía hacer!

Luca también estaba feliz. Le gustaba tanto el jardín de infantes adventista que le pedía a su mamá que lo llevara los sábados y domingos, cuando estaba cerrado. No entendía por qué su mamá quería llevarlo en un autobús grande a la gran ciudad de Bucarest un lunes en la mañana. El viaje duraba horas. Habría preferido pasar ese tiempo en el jardín de infantes jugando con sus amigos, aprendiendo inglés, tomando clases de piano y escuchando historias sobre Jesús.

Su mamá le explicó que tenían que ir a Bucarest a hablar sobre el maravilloso jardín de infantes que había cambiado su vida. En ese momento, Luca lo entendió. Dejó de importarle el largo viaje y perder un día de clases. Le encantaba su escolita y quería que todo el mundo lo supiera.

Los jardines de infantes y las escuelas adventistas del séptimo día están marcando una enorme diferencia para muchas personas en Rumania. Parte de la ofrenda de este trimestre ayudará a otras dos escuelas a que más niños y sus familias conozcan a Jesús. Gracias por planificar una ofrenda generosa.

- Puede ver un video de Luca en YouTube en el enlace bit.ly/Luca-EUD.
- La madre de Luca se llama Mirela y la directora de la escolita adventista se llama Raluca. Se

las puede ver con Luca en la foto. La madre de Luca es la de cabello rubio.